

CAPÍTULO V.

Las profanaciones del matrimonio.

Los que se quejan de la ley divina, que el poder secular no puede reformar, ¿tienen razón?—Sus quejas son debidas frecuentemente á la profanación de los tres grandes bienes del matrimonio.—1.º Profanación del primer bien del matrimonio: la generación, antes y después del matrimonio.—2.º Profanación del segundo bien del matrimonio: la fidelidad.—La pasión, el interés, la vanidad, la inconstancia, la mala fe.—3.º Profanación del tercero y mayor bien del matrimonio: el sacramento.—Unión de la fe, con la indiferencia y la incredulidad.—Sacrilégio.—Maldición de Dios.—Conclusiones.

HEMOS destruído los planes de los que cuentan con el poder civil, para reformar la ley de la indisolubilidad: este poder nada puede porque se trata no de un efecto civil, sinó de un carácter esencial del matrimonio. En esta materia, sólo la Iglesia que se halla investida de un poder divino, tiene el derecho de legislar; luego la Iglesia, en virtud de su suprema magistratura es la única que puede resolver prácticamente sobre la validez del lazo conyugal; si está bien contraído no tiene ni mandato ni comisión de Dios para romperlo; y los que se quejen de este rigorismo no pueden esperar otra respuesta que estas palabras del Salvador: *no separe el hombre á aquellos á quienes Dios ha unido.*

No hemos olvidado á los que se quejan, y en nombre de los cuales nos atacan los adversarios de la ley divina; con toda intención nos ocuparemos de ellos, porque es necesario probar ahora, que el mayor número de los quejumbrosos de la ley lo son, porque la han violado y ellos mismos sufren el castigo de una profanación.

El matrimonio según su fin primitivo, debía ser una noble y feliz unión; pero en él como en todas las cosas, se ha mezclado el pecado. San Pablo, que le llama un sublime misterio, no deja de consignar que en él pueden ocurrir tribulaciones (1). Las imperfecciones y los vicios de nuestra naturaleza decaída, pueden promover disgustos tan numerosos y tan serios, que sería una locura el desafiarlos en una unión indisoluble, si Dios no hubiese preparado á los esposos algunas compensaciones, con tres grandes bienes que la teología titula: *proles, fides, sacramentum.*

Proles: es decir, la honra y la felicidad de revivir en los hijos, de enriquecer el mundo con nuevos seres, y preparar para el cielo una raza de escogidos.

Fides: es decir, las dulzuras, los consuelos de una fiel intimidad, en la cual se refugia para sentir las satisfacciones más vivas, ó para consolarse de los reveses de la fortuna.

Sacramentum: es decir, la gracia del sacramento que fortalece el lazo conyugal, cura las debilidades del espíritu y ampara las debilidades de la naturaleza.

Nada menos que estos tres grandes bienes son necesarios, dice Santo Tomás, para escusar el matrimonio y hacerle honrado (2).

Pero, ¿quiénes son los que buscan con candor, sinceridad y espíritu cristiano, los tres grandes bienes del matrimonio? Muy pocos; y los que se han engañado, cuando sufren, se quejan de no poder tantear la experiencia de una nueva decepción: en cuanto á los que reclaman para sí mismos está experiencia, no merecen que la ley se relaje ante su desgracia, porque sufren y son desgraciados por culpa suya, puesto que tienen algo de que avergonzarse, respecto á alguno de los bienes del matrimonio y tal vez de todos á un tiempo.

Las uniones contemporáneas bien merecen un estudio: éste será más útil y conveniente que todos los argumentos, para contestar á los que quisieran reformar el matrimonio, en vez de reformar á los que lo profanan.

§ I.

PROFANACIONES DEL PRIMER BIEN DEL MATRIMONIO:

LA GENERACIÓN.

La fecundidad de los seres vivientes es en la naturaleza, el cumplimiento de un precepto de Dios y el fruto de su bendición: *creced y multiplicaos*, ha dicho el Señor, y la vida se ha extendido por todo el universo del cual es la gloria y ornamento: en donde falta la vida, la naturaleza queda triste y desolada; en donde abunda la vida se reconoce y bendice la paternal mano de Dios.

Pero en el pequeño mundo de la familia humana, más que en el gran mundo, la fecundidad es una bendición: Dios la ha prometido á los que ama. Señalaba Dios á Abraham los astros del firmamento, á los cuales debían igualar en número los hijos de su raza (3). Dios hizo cantar por su profeta la felicidad del que teme al Señor: *Todo prospera en sus laboriosas manos; su esposa permanece á su lado como la viña fértil en las paredes de su casa, y sus numerosos hijos rodean su mesa, alegres y llenos de esperanza como los tiernos retoños del olivo. El verá los hijos de sus hijos, porque Dios le ha bendecido* (4). Sí, Dios le ha bendecido y cuando Dios maldice seca la savia humana y dice: *Mueran los hijos del pecador y quede extinguido su nombre en una generación.*

¡Cuán hermosa es la sonrisa de la infancia! ¡Es el rayo del sol en el hogar, y cuantas más sonrisas, más el hogar resplandece! Multiplicaos, seres hermosos, llenad con vuestra alegre animación y vuestra gritería la casa en que habéis nacido. A Dios le place el veros y oiros. Providencia de los pajarillos y de los lirios del prado, quiere aún más, ser la Providencia de las familias numerosas: para ellas guarda sus mejores bendiciones, y les comunica ciertos encantos que les atraen la simpatía, la misericordia y las dadas de los corazones generosos. Allí no existe este melancólico silencio que entristece los hogares desiertos; allí el corazón de los padres no está expuesto á esta necia idolatría, con que se mima al hijo único; el número no divide el amor, lo multiplica; allí no hay ausencias irreparables, ni duelos que no puedan consolarse; la flor que coje Dios, deja tras de sí cariñosas herma-

nas, á las que se ama aun más como para vengarse de las traiciones de la muerte; allí el trabajo, la abnegación y el sacrificio se imponen y perpetúan con santas y gloriosas tradiciones; allí hay escogidos para poblar el cielo, soldados para servir á la patria, trabajadores para tomar posesión del mundo: el imperio de la tierra corresponde á las familias numerosas.

El cristiano que comprende esto, y que se somete á los desig-nios de Dios, se prepara con profundo respeto de sí mismo, en honra de la paternidad; y cuando suena la hora de abrir las fuentes de la vida que ha guardado en la *honestidad y la santidad* (6), según el consejo del apóstol, dice á Dios como el joven Tobías: *Señor, bien sabéis que si tomo esposa, no es para satisfacer una vil pasión, sino por amor de los hijos que deben bendecir vuestro nombre en los siglos de los siglos* (7). Y se alegra cuando oye que des-ciende sobre la cabeza de la que ha escogido por compañera, esta bendición de la Iglesia: *Que sea fecunda y tenga hijos*. Desgracia-damente entre la multitud de los que se casan, son raros hoy los verdaderos cristianos, y corre gran riesgo de ser profanado el pri-mer bien del matrimonio.

Lo ha sido ya en la sangre y en las entrañas de la juventud, mucho antes que ésta haya pensado en contraer matrimonio: desde la edad de diez y nueve años la mayor parte de nuestros jóvenes no ignoran los secretos de la liviandad; han encontrado á la hija de perdición, de la cual habla la Escritura, y la siguieron como el manso cordero sigue al verdugo que le lleva al sacrificio, sin preocuparse en su insensatez de los lazos que le sujetan (8). En vez de disimularlo, se vanaglorian de su esclavitud, y no temiendo el desprecio de un mundo libertino que perdona fácil-mente los pecados de la juventud, se entregan á los placeres de los sentidos, hasta corromper, hasta estirpar las fuentes de la vi-da. No se preocupan en modo alguno del porvenir. Cuando esta-rán saciados de las voluptuosidades de una vida licenciosa, están seguros que encontrarán padres complacientes que les absolve-rán su pasado; les bastará decir: esto se ha acabado, me pongo en orden; y se les otorgará una joven de veinte años, tal vez ino-cente, pero víctima de los refinamientos de la civilización, anémica, debilitada por una vida muelle y sensual, deformada, mutili-da, atrofiada por las mortíferas modas; sér delicado y frágil, para quien la maternidad constituye un suplicio, cuando no es una ca-

tástrofe. Y con uniones semejantes, ¿es de extrañar que haya hogares desiertos? Y si no son impotentes, los desgraciados que la liviandad, la molicie, el desorden han en cierto modo excomulgado, ¿puedén asociándose á la acción creadora de Dios, dar á sus hijos una salud de que ellos carecen, y sacar de sus débiles entrañas otra cosa que una raza raquílica y enfermiza?

Esta clase de profanación no es rara. Pero hay otra más frecuente aún; es el crimen de aquellos que obedeciendo á vanos temores ó miserables cálculos, ponen medida á su paternidad. Dios les ha llenado de vida y podrían rodearse de numerosa familia; pero desconfían de la Providencia, temen la penuria y han resuelto á su vez descansar y disfrutar buena vida; no quieren que ésta sea perturbada por los cuidados y los trabajos que exige el aumento de familia, y han pensado en transmitir á un solo hijo ó á lo sumo á dos, toda la fortuna de que están orgullosos, y dicen á la vida:—Vendrás hasta aquí, no irás más lejos.—

Pero si se entendieran con Dios, si le pidieran permiso de mostrarse prudentes y discretos en la observancia de su ley, si compensasen este permiso con el generoso sacrificio de un placer, si rehusasen la paternidad sólo para ser castos, Dios pudiera ser indulgente con su debilidad y atender sus deseos. Pero, nó; en estos calculadores desconfiados y avaros de sí mismos, no hay una virtud que retiene la vida, sino un vicio infame que la suprime, un vicio del cual debe decirse con Tertuliano: «Impedir el nacimiento es matar por adelantado. Todo fruto está en su germen (9).» Para evitarse los cuidados y las molestias de la paternidad, pero sin privarse de los placeres, el hombre ha recurrido á maniobras desconocidas de los animales; ultrajando la ley de Dios, maltrata la conciencia de su tímida compañera, si no llega con hábiles mentiras, á hacerla cómplice de su iniquidad. ¡Y aún se quiere que Dios prodigue su bendición sobre estas familias carcomidas por el vicio, como á aquellas en las que la fecundidad obedece á las leyes de la naturaleza! Esto no puede ser: contra las violaciones de su ley, Dios prepara terribles castigos. Durante algún tiempo deja disfrutar á los que le han engañado, del fruto de su parsimoniosa fecundidad, y cuando su corazón está satisfecho, cuando han concentrado toda su esperanza y todo su amor sobre el hijo único ó sobre los dos, tras los cuales han dicho *¡basta!*, la Muerte, triste mensajera de la justicia Divina, viene á llamar á la

puerta de su casa, y á pesar de los lamentos, de las súplicas y de las oraciones de los esposos, les arrebató aquellos seres, que no dejan hermanos ni hermanas que consuelen su ausencia.

Vale más aún que Dios apresure su venganza y no la retarde, porque retardada puede ser más terrible. El hijo único objeto de un culto idolátrico, abre su alma á todas las pasiones llevado de un monstruoso egoísmo: dejadle crecer: ni las advertencias, ni las amenazas, ni los llantos de los que le han amado con exceso, podrán detenerle en el camino de la perdición, por el cual corre desenfrenadamente, al término del cual, víctima del libertinaje ó de alguna vergonzosa catástrofe, no dejará á sus infortunados padres más que un recuerdo maldito, que podrán expresar con esta frase desesperada: ¡Amor, esperanza, fortuna, honra, todo se ha perdido!

Después de esto, si hay disgustos, reproches y lágrimas en el hogar despoblado por la justicia de Dios, ¿de quién es la culpa? Los profanadores de la generación, ¿no han preparado ellos mismos estas desolaciones, que aumentan aún con sus deseos imposibles? Bien quisieran tener nuevos hijos; pero, ó ha pasado el tiempo ó Dios no lo quiere; y entonces imaginan que otras uniones serían más felices, y de ahí la irritación y el encono contra la inflexible ley que tiene encadenadas dos vidas infecundas; pero la ley justa y santa sigue su camino y castiga á los que la han ultrajado. Y este castigo es justo, no sólo porque han ofendido á Dios y han engañado á la naturaleza, sino también porque han hecho traición á su patria.

Todos los hombres públicos que se preocupan por la suerte de su nación, tienen la mirada fija en las estadísticas de las familias que la componen. Cuanto más numerosas son estas familias, más rica es la nación, porque la primera de todas las riquezas es la vida, es la fuerza, que no se desarrollan sinó para poblar y poseer el mundo. Así Dios lo ha querido: Dios dijo á la primera pareja humana: Creced, multiplicaos y llenad la tierra: tal es la ley; el imperio del mundo corresponde á los pueblos fecundos: se les encontrará tal vez más groseros, más bárbaros que otros; ¿qué importa? tienen en su sangre elementos, vigor excesivo; si el país en que se extienden es reducido, se dirigen á otras comarcas, como las laboriosas abejas: el antiguo y el nuevo mundo, los continentes y las islas se pueblan con sus emigraciones; por

todas partes se apoderan de las comarcas libres, por todas partes acumulan generaciones fecundas, y están siempre dispuestos á sustituir á los pueblos que se extinguen.

Estos últimos, engañan aún con una prosperidad ficticia: tronchando las familias fomentan las fortunas individuales y crean un movimiento de negocios, de lujo, de placeres y de refinamiento de civilización, que les dan las apariencias de pueblos vigorosos; pero la verdadera vida se agota con los cálculos infames que limitan la fecundidad. Allí donde se tiene miedo al número de hijos, la población decrece; allí donde la población decrece, se la ve apoderarse con avidez egoísta de la parte de bienes acrecentada con el menor número; y muy pronto faltan pechos varoniles y corazones generosos, que puedan oponerse á las numerosas legiones que los pueblos fecundos envían sobre una población estéril. Y si el dominio no se adquiere por efecto de una bélica invasión, será el resultado de pacíficos manejos. El país cuya población decrece, incapaz de bastarse á sí mismo, á las necesidades de su vida muelle y corrompida, se deja poco á poco invadir por los extranjeros. Ayer éstos eran algunos centenares, hoy son ya algunos millares, mañana serán ya millones; y á fuerza de multiplicarse llenarán la tierra hospitalaria que les acogió, y sustituirán á un pueblo que no quiso propagarse.

¿Acaso no sentimos esto mismo á nuestro derredor? Hace mucho tiempo que esta idea me persigue como una pesadilla y me pregunto, si á la hora presente hay un pueblo á quien Dios pueda decir como el viejo Jacob á su hijo (10): *«Ruben, primogénito mío, tú la fortaleza mía, y el principio de mi dolor, debías ser el más favorecido en los dones, y el más grande en autoridad. Pero te derramaste como agua: no medres; porque subiste al lecho de tu padre, y profanaste su tálamo.»*

¡Haced, Señor, que yo me equivoque!

§ II.

PROFANACIÓN DEL SEGUNDO BIEN DEL MATRIMONIO:

LA FIDELIDAD.

Acabamos de ver cómo se profana el matrimonio en su primer bien; hay otro, sin el cual la vida común es un suplicio, bien

que hay que asegurar á toda costa: la fidelidad. En esta dulce relación de dos vidas que se han unido la una á la otra para no separarse jamás, la fidelidad depende del amor, de la estimación, de la confianza y de la sinceridad. Tiene por base no las cualidades exteriores, que el tiempo y las circunstancias pueden modificar, sinó las sólidas cualidades del espíritu que la experiencia fortalece y que la emulación perfecciona: vive de las expansiones y de las confidencias afectuosas: préstase generosamente á la participación de los cuidados, de los trabajos y de los sufrimientos: se compadrece de los defectos y de las debilidades, perdona las faltas y cura las heridas: es prudente y discreta y no consiente que se dude de ella: en fin, encadena los corazones y hace feliz la unión conyugal tanto como puede serlo, en medio de las imperfecciones de nuestra pobre naturaleza.

¡Oh, qué gran bien! El hombre prudente y cristiano quiere asegurar su posesión. Prepárase al matrimonio, aprendiendo las virtudes que debe practicar un corazón fiel. Su amor es una flor delicada y preciosa cuya gracia, perfume y hermosura reserva para una fiesta única: nadie la conocerá, nadie la tocará, nadie respirará sus misteriosos aromas, antes que la virgen que deba ser su dueña. Dócil á los consejos de la divina sabiduría, *no concede á mujer alguna poder sobre su alma* (11). Su modestia, su reserva, sus generosos esfuerzos, le evitan que sus fuerzas y su honra perezcan, allí donde tantos jóvenes infortunados han sucumbido miserablemente. Sólo de Dios espera la compañera de su vida y quiere merecerla; porque, *la mujer prudente y buena, es la recompensa que el justo recibe por todo el bien que ha hecho* (12).

Sobre todas las conveniencias humanas busca en su unión las conveniencias divinas: prefiere la virtud á la fortuna que derrumba la adversidad, á las gracias falaces y á la vana hermosura que el tiempo marchita. Los hombres pudieran engañarle, y antes de informarse con éstos, pide consejos á Dios y por medio de los santos libros sabe que el objeto de sus deseos, *es la mujer fuerte, que no puede comprarse con los tesoros más preciosos, y que puede recibir en un corazón digno, la confianza de un corazón viril* (13); *la mujer prudente edifica la casa* (14); *la mujer diligente es la corona de su marido* (15); *la mujer laboriosa sólo come el pan que ella ha ganado* (16); *la mujer dócil llena de gozo el corazón de su esposo y*